

EL PANTEÓN DE MARINOS ILUSTRES

(Extraído y adaptado del libro de mismo título, autor José Cervera Pery. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, 2004, Pp. 9-32)

El traslado del Departamento Marítimo de Cádiz a la Isla de León (San Fernando) en el siglo XVIII venía desde los tiempos de Patiño para reunir en un solo punto todo lo concerniente a la Armada. El marqués de la Ensenada la hizo realidad.

Carlos III insistió en su realización en un Real Decreto, en el que examinaría los presupuestos, planos, perfiles y memorias, que incluirían la iglesia y otros edificios. El templo habría de ocupar un destacado lugar en la población castrense de San Carlos, donde se construirían varios cuarteles, la casa del capitán general, la del intendente, Contaduría, Tesorería, Cuartel y Academia de Guardiamarinas, pilotos y un hospital.

Al plano de la iglesia se unía el de un panteón que habría de ser subterráneo, para enterrar los cadáveres y evitar la costumbre antihigiénica de enterrarlos en las iglesias. Carlos III aprobó la iglesia, pero rechazó el panteón subterráneo, con la consiguiente reducción del coste.

Pero no todo eran facilidades. Surgían reclamaciones de los dueños de los terrenos y los créditos tenían que ser aumentados. Grandes rebajas en los presupuestos paraban las obras. Las autoridades departamentales se las veían y deseaban para que las obras de la iglesia no pararan definitivamente y en alguna ocasión se utilizaron los fondos de los soldados desertores como ayuda al presupuesto.

En ocasiones se interrumpían por otras más urgentes. Carlos IV, de distinto talante a su padre, decidió que continuaran, pero con más lentitud hasta estar cubiertas las otras necesidades. De nuevo, en 1794 las obras se paralizaron en su totalidad, por otra drástica rebaja del presupuesto. Al año siguiente, mejores perspectivas dispusieron que fuesen concluidas las obras del sagrario, para servir de iglesia provisional y que se continuaran en lo preciso las del resto del edificio para preservarlo de deterioros, lo que no sucedió así.

Pero la guerra contra la Francia revolucionaria y la paz de Basilea que condujo a otra guerra consiguieron una suspensión general de las obras en 1795. Agravada la difícil situación de la Hacienda, la economía española se degradó como nunca se había conocido, y el declive de la Marina, tras su derrota en el combate del cabo San Vicente propició efectos muy negativos en las dotaciones presupuestarias.

El marqués de Ureña, al estar a cargo de las obras de la iglesia, propuso una serie de modificaciones con una doble justificación: aliviar al Real Erario de los dispendios innecesarios, y dejar a la iglesia por su exterior con mejor aspecto.

Sin embargo, el resto de la iglesia era una desolación, descuidada hasta el punto que, a mediados del siglo XIX, era un verdadero foco de contaminación, utilizándose hasta de depósito de cadáveres del cercano hospital de San Carlos. Los escombros, en amalgama con las plantas silvestres, le daban un aspecto de ruina total.

En octubre de 1850 una Real Orden destinó el inacabado edificio a Panteón de Marinos Ilustres. Más tarde quedaría relativamente listo el panteón, y en disposición de recibir los primeros restos, por lo que se solicitó el oportuno permiso.

El remate final de las obras del panteón dejaba mucho que desear, pero los traslados de restos de marinos distinguidos se sucedieron con periodicidad desde 1870, año considerado como fecha de apertura, hasta lo largo del siglo XX, en el que finalizaron las obras pendientes.

En 1943 se terminó la iglesia. Un año después, se construyeron altares y un lapidario. Con el lapidario se completó el homenaje a los innumerables marinos anónimos muertos en cumplimiento de su deber. En la tumba vacía viaja la muerte; las paredes se enriquecen con los nombres que dan lustre a la historia de la Marina, y el agua que la cubre simboliza el mar, sudario generoso de tanta grandeza.

Existe también un arcón funerario donde simbólicamente se recogen las cenizas de los marinos españoles que en cualquier lugar del mundo descansan bajo tierra.

El Panteón de Marinos Ilustres, templo para la devoción y el recuerdo, y abierto a la acogida de nuevos restos de héroes o sabios a los que la Marina rinde su postrer homenaje, no es un simple muestrario de lápidas o sarcófagos más o menos enaltecidos. Es la propia historia de España la que impregna sus paredes y trasciende más allá de sus muros.

No están todos los que son. Faltan muchos nombres y otros por razones en algún caso ignoradas y poco comprensibles nunca estuvieron en el censo de los elegidos, aunque no por falta de méritos. Sí son todos los que están. Sus propios currículos son los más fervorosos avales de su presencia.

CN (Ret.) Eduardo Bernal González-Villegas. IHCN. Radio 5 Todo Noticias

Resumen.

El Panteón de Marinos Ilustres acoge los restos de héroes o sabios a los que la Marina rinde su postrer homenaje. No es un simple muestrario de lápidas o sarcófagos más o menos enaltecidos. Es la propia historia de España la que impregna sus paredes y trasciende más allá de sus muros. No están todos los que son, pero sí son todos los que están.